

ATRINCHERADOS EN LOS SURCOS. LA NUEVA RURALIDAD COMO PROPUESTA NECESARIA Y DESEABLE

ADRIÁN ALMAZÁN GÓMEZ

RESUMEN

En este artículo defiendo la idea de construir una nueva ruralidad que sirva como alternativa al capitalismo industrial dominante hoy. Comienzo exponiendo que esta transformación resulta necesaria a la luz del difícil cuadro que dibuja el colapso socioecológico en marcha. Continúo ilustrando por qué además esta nueva ruralidad supondría un horizonte no únicamente necesario, sino también deseable. Rastreando brevemente la lógica del proceso de implantación del capitalismo industrial en los últimos dos siglos defiendo que volver al campo puede permitir la construcción de un verdadero proyecto de autonomía. Termino realizando dos consideraciones. Primero, la inextricable relación entre esta nueva ruralidad y el conflicto. Y segundo, la pertinencia de comprenderla quizá más como una forma de resistencia y lucha política que como una alternativa con mayúsculas al presente estado de cosas.

ABSTRACT

The main idea of this article is the necessity of building a new rurality that could act as an alternative to nowadays industrial capitalism's hegemony. I begin by stating that this transformation is necessary in light of the socio-ecological collapse underway. I go on to illustrate why, in addition, this new rurality would represent a horizon that is not only necessary, but also desirable. Briefly tracing the logic of the process of implantation of industrial capitalism in the last two centuries, I argue that returning to the countryside can allow the construction of a true project of autonomy. I conclude with two considerations. First, the inextricable relationship between this new rurality and the conflict. And second, the pertinence of understanding it perhaps more as a form of resistance and political struggle than as an alternative with capital letters to the present state of things.

1. INTRODUCCIÓN

La publicación de *La España vacía* (Molino, 2016) supuso el punto de partida de todo un aluvión de reflexiones que, por fin, han vuelto a poner en el candelero un debate largamente olvidado en nuestro país: el del mundo rural. Esta «España vacía», que inicialmente hacía referencia a la enorme superficie de la península ibérica hoy casi despoblada y desprovista tanto de un proyecto de futuro como de infraestructuras y servicios básicos suficientes, ha ido mutando durante estos últimos tres años en una «España vaciada». Con este término pensadoras y actores sociales, como los que se dieron reunión por decenas de miles bajo este mismo lema el pasado marzo en las calles de Madrid (Troya, 2019), pretenden hacer hincapié en que este enorme desequilibrio territorial, poblacional y económico no es ni una casualidad ni un destino. La situación contemporánea del mundo rural no es más que el resultado de un proyecto histórico específico, el de la industrialización y modernización de España en torno a la década de 1960 (Naredo Pérez, 1977). Por tanto, revertirla pasa por construir un proyecto alternativo y materializarlo a través de la acción política.



Foto: Óscar Romero, 2018

Haciéndose eco de la necesidad de construir este proyecto alternativo en clave rural, diferentes propuestas han hecho hincapié en dimensiones diversas: la construcción de infraestructuras, la ampliación de servicios básicos, una descentralización económica que favorezca el desarrollo industrial y económico de estas regiones periféricas, el impulso de la digitalización y de la cobertura de internet en todo el territorio, beneficios fiscales para los habitantes de estas zonas, el impulso del turismo rural, el desarrollo de iniciativas culturales como los festivales, etc. Todas ellas han pasado a formar parte tanto de los programas electorales de los partidos políticos con representación parlamentaria (Marcos, 2019), como de la hoja de reivindicaciones de asociaciones como «Teruel Existe» y «Soria ¡Ya!», principales convocantes de la movilización del pasado marzo.

Curiosamente, pese a las diferencias existentes entre ellos, todos parecen estar de acuerdo en una cosa: la alternativa para el mundo rural pasa porque este abandone su naturaleza productiva, porque salga del sector primario. Pero, ¿no es acaso esa una conclusión que desconoce la realidad de nuestra situación presente?



PALABRAS CLAVE

Ruralidad
Colapso
Autonomía
Ecologismo
Resistencia

KEYWORDS
Rurality
Collapse
Autonomy
Ecologism
Resistance

2. ¿QUÉ SIGNIFICA PONER AL MUNDO RURAL EN EL CENTRO?

2.1. LA RURALIDAD COMO ALTERNATIVA NECESARIA

Parece imposible hablar hoy de ruralidad sin tomar como punto de partida un análisis de nuestra situación socioecológica. Las sociedades industriales capitalistas atraviesan una crisis terminal. La destrucción producida por su incesante búsqueda de desarrollo ha creado una crisis multi-dimensional sin precedentes que pone en riesgo no sólo su modo de vida, sino la integridad y el funcionamiento normal de nuestro planeta Tierra, de Gaia (de Castro Carranza, 2008).

Son numerosos los análisis e informes que dibujan este escenario de crisis, tan grave que muchos interpretamos ya que nos encontramos inmersos en un proceso de colapso socioecológico, en una genuina crisis civilizatoria (Ecologistas en Acción, 2017; Prats et al., 2016; Turner, 2014). Si nos centramos en las dimensiones ecológicas y metabólicas (Toledo, 2013) de la misma, los fenómenos fundamentales a considerar son tres.

En primer lugar, el cambio climático. En los últimos meses han comenzado a generalizarse las declaraciones de «emergencia climática», una forma de sintetizar los enormes riesgos asociados a un aumento de la temperatura global (Global Warming of 1.5°C, 2019) que está ya conllevando desertificación, fenómenos climáticos extremos, movimientos de población, escasez de agua, etc., fenómenos que en el futuro se harán más severos y se extenderán por todo el globo.

En segundo lugar, la pérdida masiva de biodiversidad (Global Assessment Report on Biodiversity and Ecosystem Services, 2019). La desaparición de especies ya consumada, y las terroríficas cifras proyectadas para el futuro cercano (se habla de la desaparición de un millón de especies en las próximas décadas) suponen un desgarramiento tal en la trama de Gaia que se habla ya de una «Sexta Gran Extinción», equiparando el impacto de la vida humana en la tierra con la destrucción causada por el asteroide que acabó con los dinosaurios.

En tercer lugar, el agotamiento de minerales energéticos y no energéticos. Desde hace ya más de una década ha dado comienzo un descenso inexorable de nuestro acceso a combustibles fósiles que dibuja un horizonte de escasez energética (Santiago Muiño, 2015). Además, el uso intensivo de minerales «raros» que implica la producción renovable y las últimas innovaciones tecnológicas apunta también a límites claros en el potencial de éstas, que se toparán con escaseces de dichos materiales a lo largo de este siglo (Valero Capilla and Valero Delgado, 2014).

Estos tres fenómenos, unidos a otros, son el reflejo claro de la dinámica de extralimitación y sobrepasamiento de los límites planetarios (Rockström et al., 2009; Steffen, Broadgate, et al., 2015; Steffen, Richardson, et al., 2015) en la que se encuentran inmersas nuestras sociedades industriales.

La respuesta aprendida de la mayoría de nuestras instituciones e intelectuales ante esta situación es la tecnología. Desde la atalaya de la ideología del progreso y de un antropocentrismo ciego ante nuestra naturaleza ecoddependiente (Riechmann, 2016), se receta más desarrollo y más eficiencia como solución a todos nuestros males. Pero, si ya desde los años 60, e incluso antes, hubo muchas voces críticas que señalaron el absurdo de esta ideología (Castoriadis, 2006; Mumford, 2011), hoy hasta los organismos oficiales sentencian que las transformaciones tecnológicas por sí mismas serán incapaces de poner freno a la trayectoria de muerte en la que nos hemos embarcado (Parrique et al., 2019).

Por tanto, como ya sabían los pioneros del pensamiento ecologista (Landauer, 2016; Pessis, 2014; Schumacher, 2011), una respuesta justa y democrática a la situación presente pasa necesariamente por una disminución drástica del consumo en casi todas partes (aunque por supuesto especialmente en los países occidentalizados), que implicaría una disminución asociada en las emisiones de gases de efecto invernadero. Pero esta disminución en el consumo sería también sinónimo de una fuerte descentralización. La infraestructura global de producción y transporte de mercancías y su contrapartida, las megalópolis como lugar de residencia de más de la mitad de la humanidad, son imposibles sin el tipo de acceso a la energía de la que hemos disfrutado en la última mitad de siglo, inseparable a su vez de nuestro nivel de emisiones y de destrucción ecológica (Fernández Durán and González Reyes, 2014).



Es en este punto en el que se puede comprender fácilmente que la ruralidad es una alternativa necesaria, vital. Nos enfrentamos al reto de llevar a cabo una transformación metabólica que nos saque de las lógicas de la sociedad industrial, de construir una nueva economía que, en vez de destruirlos, imite los ciclos de Gaia (Naredo Pérez, 2015). Y eso pasa por volver a poner en el centro la reproducción de la vida, tal y como viene reivindicando el ecofeminismo desde hace décadas (Mies and Shiva, 2014). Producir todo aquello necesario, en especial alimentos, de manera mucho más descentralizada y, sobre todo, tomando como base los recursos existentes en los territorios que habitamos, no el extractivismo neocolonial que marca hoy las reglas del juego global (Gudynas, 2015). Algo que sabemos que los metabolismos campesinos e indígenas siempre fueron, y siguen siendo, capaces de hacer (Badal Pijuan, 2014; Sevilla Guzman and González de Molina Navarro, 1993).

2.2. LA RURALIDAD COMO ALTERNATIVA DESEABLE

El hecho de que las perspectivas de colapso socioecológico hagan necesaria una re-ruralización no implica en absoluto que ésta sea en sí deseable. No es difícil imaginar futuros cercanos distópicos en los que las tareas agrarias se conviertan en una imposición forzada y se desarrollen en el marco de regímenes autoritarios, es decir, sirvan para sostener a élites que se evadan así de este tipo de tareas.

Sin embargo, un repaso rápido a qué fue/es y qué no fue/es el proceso de industrialización del mundo puede quizá ayudarnos a entender que la ruralidad puede ser no únicamente una alternativa necesaria, sino deseable en tanto que emancipatoria y liberadora.

Si normalmente tenemos problemas a la hora de conjugar ruralidad y futuro es porque nos hemos movido en dos esquemas de interpretación de la naturaleza de la industrialización del mundo que suponen un bloqueo para una interpretación histórica lúcida del proceso.

Por un lado, es muy habitual que la destrucción del mundo rural e indígena se haya interpretado como un fenómeno necesario, inevitable. La teleología del progreso implicaría que el futuro camina en una dirección lineal marcada por una mejora tecnológica que haría de todas las sociedades anteriores a la industrial capitalista ejemplares de museo caducos y obsoletos. Sin embargo, nada más lejos de la realidad. La destrucción del mundo rural e indígena ha sido un fenómeno histórico contingente y, en muchos casos, un proyecto consciente de las élites que les ha permitido ampliar y solidificar su poder. El colonialismo, las desamortizaciones y su expropiación de los bienes comunales (que continúan hasta hoy, p.e. la Ley Montoro), el extractivismo, el turismo, las políticas desarrollistas de construcción de infraestructuras (puertos, carreteras, tren, etc.), la industrialización forzosa de la producción, la automatización productiva y, por supuesto, la propia industrialización de la agricultura o la ganadería (que en Europa es inseparable de la creación y extensión de la PAC o de la introducción de los transgénicos). Éstos son sólo algunos de los muchos ejemplos de las estrategias institucionales, y en muchos casos también represivas y policiales, que han tomado como objetivo directo acabar con la vida rural (e indígena), ya sea en su dimensión material, social o cultural.

Ahora, el hecho de que se trate de un fenómeno contingente no lo convierte en azaroso o casual. La destrucción de la ruralidad era, y es, la condición necesaria para el nacimiento y la extensión a cada vez más lugares y ámbitos de la vida de la lógica industrial y capitalista. Este asunto ha sido largamente tratado por autores como Aurélien Berlan (2012, 2016), Bernard Charbonneau (2016), David Harvey (2007) o Ivan Illich (2006), entre otros. Si quisiéramos resumir de manera simple la cuestión podríamos decir que el capitalismo industrial sólo puede funcionar si consigue que algo que era gratis pase a depender de un pago en dinero y, por tanto, de un salario para aquel que quiere comprar.

Visto desde esa perspectiva, la trayectoria del mundo industrial capitalista ha sido la de una progresiva expropiación de cada vez más elementos de la vida humana para hacerlos pasar por la dinámica del salario, es decir, por el Estado y el mercado. Al desaparecer los terrenos comunales la gente ya no podía cubrir sus necesidades de manera autónoma, de modo que la alimentación dependía de obtener un salario. Pero eso obligaba a industrializar la agricultura para hacerla más productiva y permitirle competir en el mercado, o directamente a abandonar el espacio rural para trabajar en fábricas que garantizaran el ingreso. O más bien, a ambas simultáneamente.



Pero también pasaba por romper los vínculos comunitarios, la solidaridad y el apoyo mutuo, que permiten que las comunidades puedan hacerse cargo por ellas mismas de su propia reproducción. Esta disolución es la que crea el espacio en el que el Estado ha ido expropiando sucesivamente la educación, la sanidad, la seguridad, o la toma de decisiones, una expropiación que ha supuesto monetarizarlas y ponerla en manos de profesionales a sueldo (y por supuesto de los intereses y prioridades del propio Estado que las gestiona, o de las empresas que las privatizan).

Este tipo de descripción en clave de expropiación se puede aplicar a muchos otros elementos como los conocimientos tradicionales que hacen posible que una sociedad se sostenga en un territorio determinado, las herramientas productivas no sujetas a la disciplina de la fábrica, la cultura (hoy transformada en industria y mercado cultural) y, en los tiempos de las nuevas tecnologías, incluso a nuestra capacidad de socializar y relacionarnos, cada vez más mediada por pantallas y aplicaciones. Hay incluso quien apunta a que la propia sustancia de lo humano está hoy en vías de una corrosión quizá irreversible (Alba Rico, 2002; Anders, 2011).

De lo anterior se puede concluir que el tandem Estado y mercado, el corazón del capitalismo industrial, ha ejercido su dominación mediante un proceso de erosión de la autonomía del grueso de las comunidades humanas. Pero, si esto es así, la construcción de una nueva ruralidad puede convertirse en una vía privilegiada para llevar a cabo una transformación emancipatoria y liberadora, de hecho quizá sea la única. Si entendemos que una sociedad justa y libre es una sociedad autónoma en tres dimensiones clave: material, política e individual, la ruralidad ofrece unos mimbres incomparables para hacerla realidad.

Por un lado, en lo material, y como viene defendiendo desde hace décadas la agroecología, por su capacidad para garantizar la soberanía energética y alimentaria, además de su potencialidad para recuperar saberes técnicos y materiales ligados a territorios específicos. Eso por no hablar, en horizontes de ruptura con el salario y en la vía del ecofeminismo, de su potencial para construir una economía que ponga el cuidado y la vida en el centro, dejando atrás la locura productivista y la destrucción que acarrea. Pero también, en lo individual y político, ya que su pequeña escala haría posible reconstruir vínculos comunitarios hoy perdidos o degradados y poner en marcha instituciones locales de toma de decisión y resolución de conflictos análogos a los del mundo rural tradicional y en la línea de las propuestas del municipalismo libertario (Biehl and Bookchin, 2009).

3. PRECAUCIONES FINALES

No querría terminar sin realizar al menos dos comentarios a modo de advertencia que creo que servirán para delinear mejor los contornos de una propuesta como ésta.

Por un lado, me parece fundamental comprender en toda su profundidad que la idea de construir una nueva ruralidad implica una genuina *transformación civilizatoria*. Para construir una sociedad que ponga la autonomía en el centro no bastará con transformaciones meramente técnicas o institucionales, aunque por supuesto éstas puedan llegar a jugar un papel muy importante. El reto que tenemos ante nosotros es el de romper la inercia de al menos dos siglos y medio en los que las lógicas del industrialismo capitalista no han hecho más que profundizarse. Un ejemplo sencillo sería el del consumo de energía, que tendencialmente no ha dejado de aumentar en todo ese periodo, o el del trabajo, en el que la obsesión por la informatización y la automatización tendría que trocarse por una sociedad mucho más basada en el trabajo manual y en la que el trabajo de cuidados jugaría un papel vertebrador.

Pero esta transformación civilizatoria, como el ecologismo siempre ha defendido, tiene también que ser sinónimo de una revolución cultural, un cambio casi integral de valores, de expectativas, de deseos. Es decir, una transformación de la esquizofrénica subjetividad acelerada del capitalismo contemporáneo. Tomarse en serio el viejo lema de «Vivir (todas) mejor con menos (consumo material)» implica abandonar casi todo lo que se considera deseable hoy.

Esto me lleva a mi segundo punto. Si la dificultad de materializar una transformación civilizatoria como la anterior es ya enorme *per se*, no podemos olvidar que tratamos que algo así suceda en el marco de unas inercias metabólicas, económicas, institucionales y culturales tremendas.

**CULTURA,
CIUDADANÍA**

PENSAMIENTO

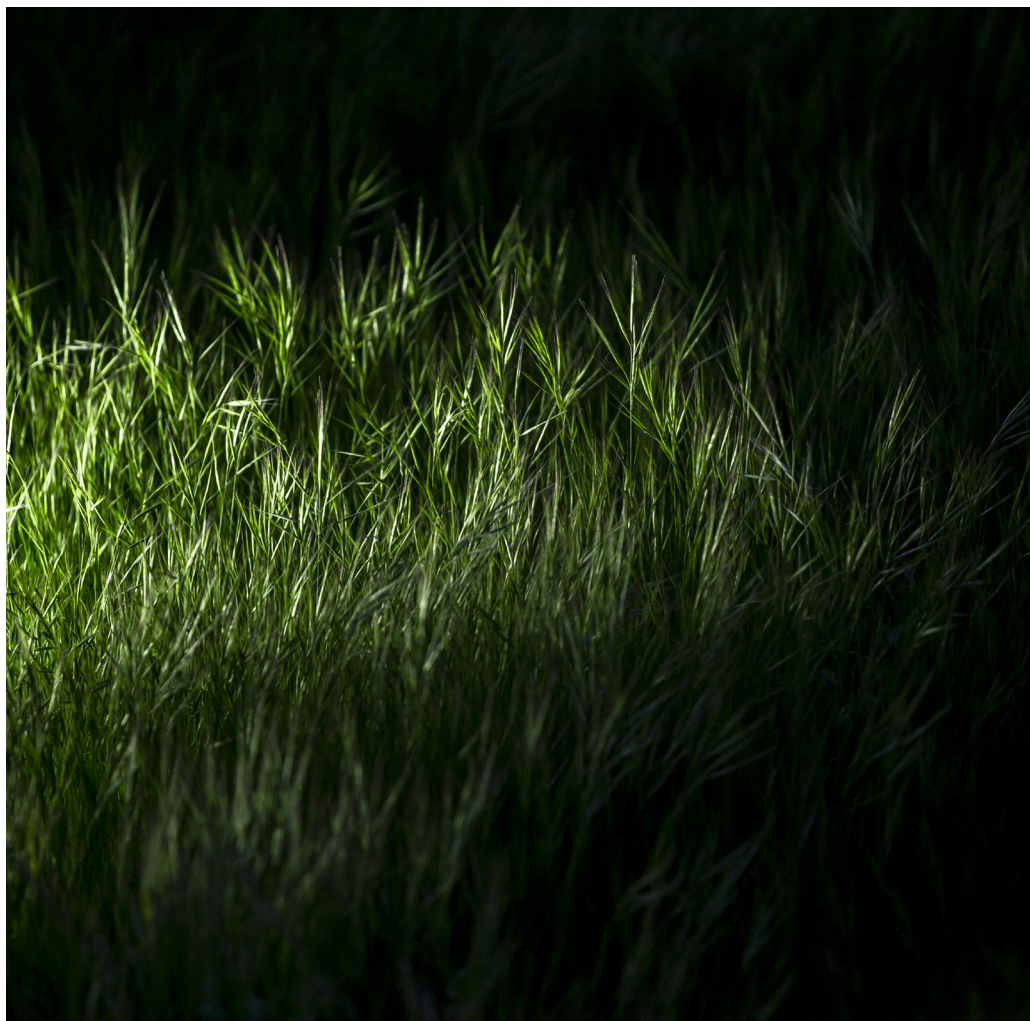


Foto: Óscar Romero, 2018

Cualquier intento por parte de movimientos sociales, o incluso de instituciones estatales y para-estatales, de materializar un programa como el de la nueva ruralidad va a encontrarse con elevados niveles de conflicto y, con bastante probabilidad, con escenarios de violencia. Una violencia que puede tomar formas muy diferentes. Por un lado, la resistencia de las élites, pero también de las bases, ante la posibilidad de perder sus privilegios, que en muchos casos se entenderán como «derechos». ¿Cuántos no saldrían a la calle si se impulsaran restricciones en la movilidad privada, en los desplazamientos en avión o en el uso de tecnologías como el aire acondicionado? Eso, por supuesto, sin olvidar que los más ricos del planeta cuentan ya con ejércitos privados y mansiones a prueba de bomba nuclear en las que pretenden atrincherarse en un futuro que ellos mismos saben será convulso (Rushkoff, 2018).

Pero también los levantamientos de los desposeídos, que llevan llenando de sangre toda la historia de la humanidad, aunque especialmente el periodo que abrió el colonialismo y que continúa hoy en el marco del neocolonialismo. Es imposible no ver la correlación entre el neoextractivismo imperialista de Europa, EEUU, Rusia o China, que pretenden asegurar el suministro de materias básicas para su estilo de vida acaparando y expropiando tierras, seres humanos y combustibles fósiles en Oriente Medio, África o América Latina, y la nueva oleada de terrorismo, luchas étnicas, genocidios y guerra que asola el mundo desde el cambio de siglo. Es previsible que un recrudecimiento de la escasez de elementos tan básicos como el agua potable o la tierra fértil acelere y recrudezca este círculo infernal.

Pero no debemos tampoco olvidar, a la vista de las resistencias que suscitaría, el nivel de violencia que tendría que desplegar un gobierno que pretendiera de hecho tomar las medidas «necesarias» para frenar lo peor del colapso socioecológico ya en marcha. ¿Cómo imponer el tipo de restricciones y cambios en el modo de vida que algo así supondría al tipo de seres humanos que hoy somos y a las grandes oligarquías interesadas en que todo siga igual? El riesgo de un autoritarismo es evidente. Un autoritarismo que se dispararía en el caso de la



aparición de un ecofascismo (Taibo, 2016) en el que el precio por garantizar las condiciones de habitabilidad de la tierra fuera la inauguración de una desigualdad global sin precedentes. No es difícil imaginar élites que se atrincheran en pequeñas burbujas de alta tecnología y consumo mientras el grueso del mundo se convierte en una zona de sacrificio atravesada por la lucha de todos contra todos y el canibalismo social. Ésta empieza a ser ya la triste realidad de ciertas zonas de África o de regiones enteras en países como México.

Por tanto, quizá hay que entender la construcción de una nueva ruralidad no tanto como la alternativa al colapso, sino más bien como una forma de resistencia. La construcción de una nueva ruralidad autónoma puede ser un elemento cultural y material clave en el mundo contemporáneo, una vacuna contra el autoritarismo que podría hacer realidad resistencias y luchas que partan de una relativa in(ter)dependencia material.

¿Cómo se podrán organizar luchas políticas efectivas desde ciudades atravesadas por la escasez y en las que la supervivencia (comida, agua, energía, etc.) dependa íntegramente del Estado y el mercado? ¿Cómo nos enfrentaremos, o nos estamos enfrentando, a la progresiva incapacidad del mundo contemporáneo para garantizar el salario y el consumo? Construir desde hoy tanto experiencias como un movimiento político que tenga la construcción de autonomía material, política e individual en su centro puede significar un cambio cualitativo fundamental para las luchas políticas de las décadas venideras. Sólo a través de la praxis de construir una vida diferente podremos caminar hacia la transformación civilizatoria que nos pueda permitir, si no triunfar, al menos fracasar mejor (Riechmann, 2013).

REFERENCIAS

- Alba Rico, S. (2002), *La Ciudad intangible: (ensayo sobre el fin del neolítico)*, Hiru, Hondarribia.
- Badal Pijuan, M. (2014), *Vidas a la intemperie: notas preliminares sobre el campesinado*, Campo Adentro, Servicio de Publicaciones, S.I.
- Berlan, A. (2012), *La fabrique des derniers hommes: retour sur le présent avec Tönnies, Simmel et Weber*, La Découverte, Paris.
- Charbonneau, B. (2016), *El Jardín de Babilonia*, translated by Ayllon, E., Ediciones El Salmón, Madrid.
- Ecologistas en Acción. (2017), *Caminar sobre el abismo de los límites. Políticas ante la crisis ecológica, social y económica*, Ecologistas en Acción, Madrid, p. 34.
- Global Assessment Report on Biodiversity and Ecosystem Services of the Intergovernmental Science-Policy Platform on Biodiversity and Ecosystem Services*. (2019), IPBES, Bonn, Deutschland, p. 1700.
- Global Warming of 1.5°C. An IPCC Special Report on the Impacts of Global Warming of 1.5°C above Pre-Industrial Levels and Related Global Greenhouse Gas Emission Pathways, in the Context of Strengthening the Global Response to the Threat of Climate Change, Sustainable Development, and Efforts to Eradicate Poverty*, IPCC Special Report. (2019), Intergovernmental Panel on Climate Change, p. 630.
- Harvey, D. (2007), *El nuevo imperialismo*, Akal, Madrid.
- Illich, I. (2006), *Obras reunidas. Vol. 1: [...]*, 1. ed., Fondo de Cultura Económica, México, D.F.
- Mies, M. and Shiva, V. (2014), *Ecofeminismo: teoría, crítica y perspectivas*, translated by Bofill, M., Icaria Editorial, Barcelona.
- Molino, S. del. (2016), *La España Vacía: viaje por un país que nunca fue*, Primera edición., Turner Publicaciones, Madrid.



Parrique, T., Barth, J., Briens, F., Kerschner, C., Kraus-Polk, A., Kuokkanen, A. and Spangenberg, J.H. (2019), *Decoupling Debunked: Evidence and Arguments against Green Growth as a Sole Strategy for Sustainability*, European Environmental Bureau, p. 80.

Riechmann, J. (2016), *Ética extramuros (segunda edición revisada y ampliada de Interdependientes y ecodependientes)*, Ediciones UAM, Madrid.

Rushkoff, D. (2018), "La supervivencia de los más ricos y cómo traman abandonar el barco", Ctxt. Es | *Contexto y Acción*, Periódico digital, 1 August, available at: <https://ctxt.es/es/20180801/Politica/21062/tecnologia-futuro-ricos-pobres-economia-Douglas-Rushkoff.htm> (accessed 3 September 2019).

Sevilla Guzman, E. and González de Molina Navarro, M. (Eds.). (1993), *Ecología, Campesinado e Historia*, Las Ediciones de la Piqueta, Madrid.

Steffen, W., Richardson, K., Rockstrom, J., Cornell, S.E., Fetzer, I., Bennett, E.M., Biggs, R., et al. (2015), "Planetary boundaries: Guiding human development on a changing planet", *Science*, Vol. 347 No. 6223, pp. 1259855–1259855.

Valero Capilla, A. and Valero Delgado, A. (2014), *Thanatia: The Destiny of the Earth's Mineral Resources.*, World Scientific Publishing Company, Singapore.

ADRIÁN ALMAZÁN GÓMEZ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID
ADRIAN386@GMAIL.COM

Adrián Almazán Gómez es doctor en Filosofía por la UAM. En la misma universidad obtuvo también la licenciatura en Física. Durante los últimos años su investigación ha girado en torno a problemas ecosociales como las relaciones tecnología-sociedad en el marco de la crisis socioecológica o el estudio del mundo rural como alternativa civilizatoria al mundo industrial capitalista.

